

A TODOS LOS CAMINOS

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

A TODOS LOS CAMINOS

*Andaban errantes por el desierto solitario, sin camino hacia ciudad habitada. Hambrientos y sedientos, desfallecía ya la fuerza de su alma. Clamaron a Yavé en su peligro, y El los libró de sus angustias. Los llevó por camino derecho, para que pudieran llegar a la ciudad habitada*¹.

De muchas maneras muestra la Sagrada Escritura la continua Providencia del Señor. Nada queda oculto a su mirada; dispone todo con cariño de Padre, para que los hombres encuentren el camino que a El conduce. *El corazón del Señor es corazón de misericordia, que se compadece de los hombres y se acerca a ellos. Nuestra entrega, al servicio de las almas, es una manifestación de esa misericordia del Señor, no sólo hacia nosotros, sino hacia la humanidad toda*².

Un día pasó Jesús a nuestro lado, como antes ocurriera a Juan, a Andrés, a Mateo..., y le seguimos por el camino de la Obra. Desde entonces, nuestra vida adquirió una dimensión nueva. La gracia nos había dado alma de apóstol, y nos empujaba a anunciar a los demás hombres, nuestros iguales, las maravillas de aquel Dios que con tanta predilección nos busca. El trabajo, las ocupaciones de cada jornada, se hicieron para nosotros *oración vivida, naturalidad, vibración apostólica, presen-*

(1) Ps. CVI, 4-7.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1930.

cia de Dios, con la esperanza de llevar la luz a otro corazón, a otra inteligencia ³.

El afán apostólico nace de la vida interior

La preocupación por ayudar a las almas es una necesidad, una consecuencia directa de nuestra vida cristiana, un impulso interior. *El apostolado para nosotros no es algo postizo, sino algo que se nos mete dentro, y que está en nuestro respirar, en nuestra tarea profesional, en nuestro deporte, en nuestra mirada, en el fondo de nuestro corazón. ¡El impulso apostólico, según nuestra vocación, informa todo lo que hacemos, como el alma está en todo el cuerpo!* ⁴.

Actúa así porque procede de la unión íntima con el Señor, a la que tiende necesariamente nuestra vocación contemplativa. El empeño por identificarnos con Jesucristo, nos hace salir de nosotros mismos, advertir las necesidades espirituales de quienes nos rodean y sentirnos urgidos a darnos en un continuo afán apostólico.

El impulso apostólico nace de estar cerca de Cristo, tratando de seguirle y de comportarnos como El. Hace falta que seamos de verdad otros Cristos, que nos sintamos corredores con el Pastor bueno; tan divino, que pasó por la tierra haciendo el bien (Act. X, 38). De este modo, el alma tendrá una sobreabundancia de vida interior, que se traducirá en paz y alegría, para dar también a los demás; arrastrará espiritualmente a las gentes y hará verdaderos milagros ⁵.

Sólo así se hará realidad en cada uno lo que afirmaba nuestro Padre: *todos los hijos míos son Cristo que pasa por el mundo. No se os conoce, pero en todos los rincones de la tierra hay compañeros*

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 3-I-1969, en Crónica, 1969, p. 160.

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 11-X-1970, en Crónica, 1970, pp. 1174-75.

(5) De nuestro Padre.

de trabajo y amigos que están descubriendo en vuestros hermanos, en vosotros, a Cristo; y ellos luego llevan también a Cristo a otros corazones, a otras inteligencias. Sois Cristo que pasa en medio de la calle; pero debéis pisar donde El pisó ⁶.

La eficacia está en seguir fielmente el sendero abierto por las pisadas de Jesús. Ese camino es de renuncia a todo lo personal, de sacrificio gustoso, de entrega diaria, empeñando todas las fuerzas en el cumplimiento de la voluntad de Dios. *Para esto fuisteis llamados —recuerda San Pedro—, puesto que también Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas* ⁷. Nuestro Fundador, recordando la necesidad de esa abnegación en la labor apostólica, nos repetía: *la mejor preparación para el proselitismo es que tú y yo seamos santos. Así, el proselitismo se hace como sin querer: casi sin necesidad de palabras, atraerá el calor que llevas en el alma, esa llamarada, esa luz de Dios que alumbra tu corazón. ¿Habéis visto cómo se pone el hierro, cuando lo meten en el fuego? Al rojo vivo. Parece una joya, y es sólo hierro. De esa manera nos encendemos nosotros, cuando somos fieles a la vocación: nuestra vida es como un ascua, quemamos, abrimos paso, damos calor y luz: la luz de Cristo* ⁸.

El Señor obra entonces a través de nuestras acciones. Y damos a los demás lo mejor que tenemos: el amor de Dios, una riqueza que repartimos a voleo, una alegría divina, una llamada que es fuente de venturas para quien presta oído atento, porque *el que me halla a mí —dice el Espíritu Santo— halla la vida* ⁹.

Como el latir del corazón

Cuando cada día, en la Misa, extendiendo las manos sobre la Oblata, sobre el pan y el vino que se van a convertir —en virtud

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 3-1-1969, en Crónica, 1969, p. 160.

(7) 1 Petr. II, 21.

(8) De nuestro Padre.

(9) Prov. VIII, 34.

de las palabras de la Consagración — en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, os pongo allí a todos vosotros, mis hijas y mis hijos: in electorum tuorum iubeas grege numerari, para que el Señor quiera contaros en el número de sus elegidos. No para considerarnos selectos, sino para sentirnos fermento, para encender a los demás. Somos iguales a los restantes hombres y mujeres que nos rodean, pero la elección de Dios nos dio una luz nueva, nos puso al rojo vivo. ¡Es estupendo, hijos!, nos ha tocado una lotería sobre-natural.

Cuando pienso en esta predilección divina, me da como vergüenza, y algunas veces —no me importa que lo sepáis— tengo deseos de llorar y las lágrimas me queman los ojos, porque no he sabido corresponder a la gracia de Dios como debía.

Al considerar estas cosas se acaba haciendo el propósito de obrar y pensar siempre por Amor. En medio de nuestros errores personales, viene un gran afán, renovado, incontenible, de que los demás también participen de esta felicidad nuestra. ¿Veis, hijos? El proselitismo sale solo, es como el latir del corazón, es hambre de pegar esta locura de amor de Dios a otras muchas almas ⁽¹⁾.

Se trata de tener la audacia santa de quererlos junto a Cristo, y de desear para ellos —cuantos más, mejor— la gracia de la vocación a la Obra, que el Señor reparte generosamente, cuando generosamente se la pedimos para muchas almas. El bien es de suyo difusivo, hijos míos. Y, si yo gozo de este bien, de este amor de mi Padre Dios, necesariamente he de tener deseos eficaces de que otras almas lo disfruten. Por eso os he dicho tantas veces que me dan la impresión de fracasadas aquellas personas que, habiendo seguido a Cristo, no son proselitistas. ¿Tú te imaginas un corazón de hijo de Dios apagado, sin calor, sin vibración sobrenatural, sin la eficacia operativa de que sólo con su presencia encienda, queme?

San Agustín dice que quien salva un alma tiene la suya predestinada. ¡Pensad lo que será traer al camino de Dios otras almas! Será nuestra gloria, ganaremos una partecita grande, grande, de

(1) De nuestro Padre.

Cielo. Y, además, esas vocaciones que el Señor haya querido traer por nuestra mano, nos sirven de tuerca y de contratuercas para ser leales a nuestro camino ¹¹.

El Amor que nos trajo a la Obra nos mueve a no desentendernos jamás del compromiso que adquirimos con el Señor, cuando nos hizo apóstoles suyos. No podría ser de otro modo, porque nuestra correspondencia quiere ser plena. Junto a Cristo, el amor es necesariamente apostólico y se desborda a su alrededor: si no, no es amor, sino ilusión, *mentira de fuego, que ni prende en llamaradas cuanto toca, ni da calor* ¹².

Siempre enseñó nuestro Padre que *el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Sentimos el peso de las almas, cuando amamos al Señor. No me deja de interesar ninguna criatura, hijas e hijos míos: deseo llevarlas todas a Dios. ¡Me duelen las almas! A veces, no entiendo cómo me aguantan el corazón y la cabeza. Este es el espíritu nuestro: sentir el lamento de tantos corazones áridos, que parecen decirnos hominem non habeo (Ioann. V, 7), no tengo quien me dé una mano y me acerque a la luz y al calor de Cristo.*

No es posible disociar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne para salvar a los hombres, para hacerlos con Él una sola cosa: esa es la razón de su venida al mundo. Somos nosotros otros Cristos, llamados a corregir, y tampoco se puede seccionar nuestra vida de hijos de Dios en su Obra, separándola de nuestro celo apostólico ¹³.

Instrumentos de Dios

El Señor se sirve positivamente de cada uno de nosotros para continuar acercándose a las almas. Y en los momentos actuales, cuando el

(11) De nuestro Padre.

(12) *Caminos*, n.º 417.

(13) De nuestro Padre, *Clarín*, 6.V.1948.

enemigo de Dios parece lograr tantas victorias entre los hombres, arrastrándoles tras de los deseos insensatos de su corazón ¹⁴, Nuestro Señor se vuelca con una Providencia especial, dándonos su fuerza para remover, para ayudar, para empujar a cuantos nos rodean: parientes, compañeros de profesión, de trabajo, amigos, conocidos... Contamos con la gracia de nuestro Dios. Queremos hacer nuestro su desvelo por las almas. El sólo espera que pongamos los medios a nuestro alcance, para bendecir ese trabajo apostólico a manos llenas.

Nos lo ha enseñado de modo particular, en un pasaje del Evangelio, que conmueve por su elocuencia: en aquella parábola de los invitados a las bodas.

En el reino de los cielos acontece lo que a cierto Rey, que celebró las bodas de su hijo, y envió sus criados a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir (Matth. XXII, 2-3). *Ha venido aquel gran Rey y ha invitado a mucha gente al banquete*, comentaba nuestro Padre. *Aquí, en la tierra, todas las almas están llamadas a la boda del gran Rey, y las almas no quieren ir, rechazan la invitación, y la sala queda vacía.*

También entiendo yo de estas negativas, hijos. Más de una vez os he hablado de esos primeros tiempos de soledad, de aquellos años en los que prácticamente repetía las palabras del Señor: ecce prandium meum paravi, tauri mei et altilia occisa sunt, et omnia parata: venite ad nuptias (Matth. XXII, 4). Tengo dispuesto el banquete. He hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está a punto: una plenitud de Amor, sin traiciones, sin cansancio, con toda la bondad y toda la hermosura, nos ha preparado el Señor.

Mas ellos no hicieron caso; antes bien, se marcharon, quien a su granja —a sus egoísmos, a su comodidad—, quien a sus negocios (Matth. XXII, 5): *a su profesión, de la que no saben hacer camino divino en la tierra* ¹⁵.

Pidamos al Señor que tenga piedad de todos los hombres, que

(14) Cfr. Jerem. IX, 14.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 13-X-1963.

vuelva una y otra vez a buscarlos, a enamorarlos, con el afán de este buen Rey.

Pero las cosas de Dios van adelante siempre, aunque no queramos nosotros. Entonces, dijo a sus criados: las bodas están dispuestas, mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a todos cuantos encontréis, convidadlos a las bodas (Matth. XXII, 8-9). ¿No os conmueve, hijos?: a todos llama el Señor. De ese montón eres tú y soy yo, de esos que ha querido buscar en las encrucijadas de todos los caminos. Y hemos venido como estos hombres de la parábola: cojos, ciegos, sordos ¹⁶.

Al punto los criados, saliendo a los caminos, reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos; de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron a la mesa ¹⁷. También es obligación nuestra obrar como estos criados: un deber de proselitismo, para que no haya nadie que no vibre, que viva al margen de los caminos divinos. Donde haya almas capaces de servir a Dios, allí hemos de estar presentes para llevarlas a Cristo.

Hemos de hacer llegar a sus oídos esta invitación del gran Rey: todo está a punto, venid al banquete. Es deber nuestro llamar muchas criaturas, para que se dediquen a trabajar en servicio de Dios.

El espíritu de nuestra Obra es espíritu universal, abierto a todos. Tantas veces os he repetido que nuestro lugar está ahí: en medio de la calle, en el cruce de los caminos humanos... Nada de cerrar puertas ni ventanas; cuanta más gente esté en contacto con nosotros, mejor. A los socios del Opus Dei nos conviene tratar a muchas personas, porque nos interesan todas las almas.

Allá por el año 1934 escribía: somos una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad. Nos ha elegido el Señor como mensajeros de su doctrina de salvación; por eso, en los sitios más variados donde mis hijos deban estar, allí tienen que

(16) De nuestro Padre, Meditación, 17-X-1965.

(17) Matth. XXII, 10.

ser eminentemente apostólicos, con la seguridad más absoluta de que, al trabajar por El, no hay ninguna acción nuestra, por pequeña que parezca, que no sea eficaz. En su Providencia quiere Dios hacer partícipes a los hombres de su Redención, y a nosotros, por vocación peculiar, nos ha llamado a ser especialmente corredtores.

Hijos míos, con esa luz de vuestra vida, de vuestro trabajo, de vuestra perseverancia, traeréis muchas almas a Dios, al calor de esta Obra, Madre guapísima nuestra ¹⁸.

El proselitismo es algo tan connatural con el espíritu de la Obra, que ya antes de pedir la admisión comenzamos a preocuparnos apostólicamente de nuestros amigos y conocidos. Quizá nos removió la invitación que nuestro Padre encerraba en un punto de Camino: *aún resuena en el mundo aquel grito divino: «fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda?»*.

—Y ya ves: casi todo está apagado...

¿No te animas a propagar el incendio? ¹⁹.

Son palabras con toda la vibración y la fuerza de un compromiso divino, del que ya nunca podremos desentendernos. Al contrario, diciendo al Señor que sí, que ponemos nuestra vida entera a su servicio, hemos encendido un fuego inagotable, una llama avivada diariamente por el amor de Dios, que tiende a propagarse como el correr pregonero de esos criados de la parábola: *ite ad exitus viarum, et quocumque inveneritis, vocate ad nuptias* (Matth. XXII, 9): *¡id a todos los caminos! ¡Que vayáis! Os lo he repetido tantas veces porque no es lo nuestro quedarnos encerrados en casa, sino acudir a todos los caminos, buscando a las almas donde están, para traerlas luego al Señor, heridas de amor, de comprensión, de entrega, de deseos de entrega al menos* ²⁰.

Hay que abrirse en abanico —insistía nuestro Fundador— ...Abrirse como una mano, y que cada dedo tenga prendido un grupo de almas, de las fáciles y de las difíciles... y ¡arrastrar! Que

(18) De nuestro Padre.

(19) Camino, n. 801.

(20) De nuestro Padre.

cada uno no sea uno, que sea diez ²¹. Entrega por entrega, quien ha recibido la llamada difunde a su vez la invitación. Y la primera voz, rota ya la inercia del silencio, se propaga en círculos cada vez más extensos, que cubren toda la inmensidad de los caminos humanos.

Alguna vez he pensado, hijos míos, que las almas son, cuando se comienza a trabajar con ellas, como las cerezas. Se tira de una, y salen dos. Se toma otra, y salen cuatro o cinco más.

Almas de toda condición, de cualesquiera circunstancias personales, profesionales, sociales, porque nos interesan todas. Ciertamente, las que el Señor manda a su Obra son una selección, pero no para encerrarse, sino para esparcirse, porque hemos de hacer el bien a la humanidad entera ²².

Salir a buscar almas

Como fuego que hace arder el bosque: y como llama que enciende los montes ²³. Con el mismo ímpetu de un fuego indomable, se ha de manifestar el proselitismo de cada uno, su deseo de traer muchas almas al Opus Dei. Ese afán arrollador nunca cesa cuando vivimos con fidelidad nuestra entrega, y sabe encontrar —en las situaciones ordinarias de cada jornada— ocasión para vivir la urgencia de un apostolado constante. Es el contrapunto lógico, la respuesta adecuada, a aquella premura que manifiesta el Señor en la parábola de las bodas: *exi in vias et saepes —nos dice esta vez por San Lucas— et compelle intrare, ut impleatur domus mea* (Luc. XIV, 23); *sal a los caminos y cercados y empuja a los que halles, para que vengan y se llene mi casa. Oblígalos a entrar, empujadlos, traedlos a mí, que todo esto quiere decir ese compelle intrare del Evangelio, perfectamente compatible con el más delicado respeto a la libertad de las almas, y abso-*

(21) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 12.

(22) De nuestro Padre.

(23) Ps. LXXXII, 15.

lutamente contrario a la pasividad, a la pereza o al respeto humano.

Hijos míos, tenéis que acercaros a vuestros compañeros, a vuestros amigos, para llamarles en nombre de Dios: compelle intrare! Si a ti nadie te hubiera llamado, probablemente no estarías ahora aquí, sirviendo al Señor en la Obra.

A tantas personas habéis de decir que también a ellos los busca Cristo, como buscó a los primeros Doce, como buscó a la mujer samaritana, y a Zaqueo, y al paralítico. Cada uno en su trabajo, allí donde está, que sienta la necesidad de llegar a mucha gente, para que se llene la sala del banquete.

Pido a todos mis hijos que en su oración personal hagan un examen muy íntimo, para ver lo que hasta ahora han hecho por traer almas al Opus Dei. Un examen que terminará con un propósito muy firme: hacer lo que esté en sus manos para lograr muchas vocaciones, porque las necesitamos. Gracias a Dios, no nos faltan vocaciones aun en medio de las circunstancias tan penosas que actualmente afectan a tantos cristianos y a tantos ambientes. Pero precisamente por eso necesitamos más brazos, los necesita la Iglesia, los quiere el Señor a su servicio.

Todos habéis de tener la preocupación de esta sementera. No podemos quedarnos encerrados. Dios no ha querido que su Obra fuera una Residencia, o una obra corporativa: la ha promovido para santificar a las almas. Necesariamente tenemos que salir a buscarlas, sin esperar a que vengan, como hacen los criados de esta parábola.

Para eso, hay que tratar a Jesucristo en el Pan y en la Palabra, en la Hostia y en la oración. Tenemos que estar enamorados, y un poquito locos. Hace ya muchos años, de mí dijeron que estaba loco. Un sacerdote amigo me lo comentó: dicen que está usted loco. Tú, reza —le contesté—, para que lo esté aún más. Era verdad, hijos. Estaba loco, como lo estáis también vosotros, con la misma locura: loco de amor de Dios ²⁴.

(24) De nuestro Padre.

Ese amor nos mantiene encendidos, con una preocupación constante por los demás que lleva a hablarles, como amigos leales, para darles a conocer a Cristo, que quiere entrar también en sus vidas. *Es preciso moverse, romper esa costra de comodidad que a veces nos detiene. No se puede estar pasivo; es necesario meterse en la vida de los demás, como Cristo se ha metido en la vida tuya y en la mía.*

Si Dios no hubiera obrado de este modo, ¿qué hubiese sido de mí? No me pidió permiso Jesucristo para que le sirviera de instrumento. Con señorío divino llegó y se plantó en el centro de mi alma: tú me haces esto y esto; y yo a obedecer como un borriquito. Es Rey de todas las criaturas y nosotros somos sus enviados ²⁵.

Deseos eficaces

Flechas que rasgan el aire ²⁶ son los deseos ineficaces, los amores a medias: una tensa fuerza que se pierde, sin objeto. En cambio, ese clamor de almas presente en toda la vida de Cristo, en su ejemplo y en su palabra, nos pide obras: una correspondencia concreta, que dé generosa respuesta a ese *compelle intrare*.

La gente se asusta: se asombra del afán de llevar a Dios otras almas, para que le sirvan. Nosotros sabemos que es un deseo del Señor, y una manifestación coherente de nuestro amor.

Me viene a la memoria —y os lo repito a vosotros— lo que decía a los hijos míos, hace tantos años: que debían ser imprudentes en el apostolado, no cuidadosos y cautos. Sólo los viejos deben ser prudentes, y yo —aunque vuestros hermanos se enfaden cuando me oyen decir esto— soy el único viejo en el Opus Dei.

Debéis sentirnos muy proselitistas, y perder cualquier clase de

(25) De nuestro Padre.

(26) Ps. XC, 6.

temor. Debéis mataros por el proselitismo, porque allí está nuestra eficacia ²⁷.

Las obras que el Señor espera de nosotros son el ejemplo y la palabra: el ejemplo de vida cristiana, y al mismo tiempo la palabra, la doctrina de Cristo; porque el ejemplo solo podría servir de poco. *Tenemos lengua para hablar, también con imprudencia*, nos ha dicho nuestro Padre. *¡Cuanto más imprudentes seáis, mejor! Yo siempre, y también ahora, pienso en los tiempos de San Pablo, y me acuerdo de aquella amonestación: argue, obsecra, increpa...; opportune, importune (cfr. II Tim. IV, 2) (...). Y San Pablo, que sabe, que ha paladeado intensamente la alegría de ser de Dios, se lanza seguro a la predicación y es apóstol en todo instante, también desde la prisión* ²⁸.

No hay obstáculos ni dificultades que puedan empequeñecer ese interés. Y si la ocasión de hablar, de dar a conocer al Señor pareciera no presentarse, cualquier circunstancia puede servir para crear esa oportunidad. Nuestra actuación diaria —también esa *imprudencia* de la que habla nuestro Padre— sabrá hallar siempre el modo de hacerlo, de manera que el apostolado sea un interés constante en nuestra vida. *En cada alma que nos rodea es preciso que habite Dios; y nosotros hemos recibido el mandato divino de llevar a cabo esa empresa. Por eso, todos mis hijos deben tener un celo por las almas que les lleve a transformar toda su vida en oración, y en deseos eficaces de quemar a los demás con el Amor de Dios* ²⁹.

(27) De nuestro Padre.

(28) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1968, en *Crónica*, 1968, p. 991.

(29) De nuestro Padre.

